

¡Al Norte o al Barranco!
David Stoll

Todo derecho reservado
Rowman and Littlefield

Este documento no es por distribuir
sin el consentimiento escrito del autor.
Comentarios y críticos bienvenido en
dstoll@middlebury.edu

Capítulo 3

Nebaj se va al Norte

Lo que gano aquí en un mes, allá se gana en un día.
-Migrante que regresó en 2008.

Si todos en Nebaj estuvieran de acuerdo en una sola proposición, esta sería que su problema más grave es la falta de ingresos. A pesar de décadas de proyectos de ayuda, la mayoría de la población está atrapada en una agricultura que ni siquiera es de subsistencia, por lo que no puede proporcionarles lo que necesitan y lo que quieren. Lo que ellos quieren se extiende más allá de la subsistencia debido a que se han familiarizado con niveles de consumo en otros lugares, al igual que lo prometido por una serie de foráneos si colaboran con su agenda. No solo los consultores de los proyectos sino guerrilleros, soldados y misioneros, todos, de alguna manera u otra, ofrecen a los nebjenses las bendiciones de la modernidad a todo nivel, desde salubridad y alimentación hasta guitarras eléctricas para sus cultos en las iglesias.

Infortunadamente, ningún cultivo comercial local ofrece un ingreso estable que pueda respaldar un nivel más alto de consumo—ni existe tampoco una industria local que pueda satisfacer tales deseos. Alguna que otra vez, los precios del principal cultivo comercial de la región, el café, sobrepasan el punto de equilibrio. Los nuevos cultivos de exportación como el ajo pueden ser muy rentables, pero solo para una pequeña fracción de la población que posee tierra en los microclimas adecuados. Para la mayoría de las parejas nebjenses, la planificación familiar todavía es una novedad, especialmente en las aldeas más distantes, por lo que el número promedio de hijos que tiene una mujer todavía es alto (tema que abordaré en el capítulo 8), esto quiere decir que la mayoría de jóvenes ixiles nunca heredarán suficiente tierra para alimentarse.

En la década de los noventa surgieron dos ideas para que la gente de Nebaj llegara a ser autosuficiente. La primera idea, concebida por los consultores de los proyectos de ayuda, fue prestarles dinero para que se convirtieran en empresarios. Todos hemos oído como el microcrédito puede ayudar al pobre a luchar para salir de su condición. Aun si este no es el caso, facilitarle dinero a la gente pobre a través de préstamos no tiene por qué ser una mala idea. Antes de la llegada de los europeos, los mayas eran una civilización de comerciantes activos. Después de la conquista española sus redes comerciales continuaron operando; en cualquier cabecera municipal el día de mercado es lo más importante de la semana. Los campesinos mayas están ansiosos por encontrar un lugar seguro donde colocar sus ahorros; también ansían hacer grandes compras y algunos en realidad tienen éxito en sus nuevos negocios y en la creación de fuentes de trabajo. Para las agencias de ayuda, prestar dinero a personas individuales y a pequeños grupos, les ahorra interminables embrollos contables que se dan en los proyectos comunitarios. Como prestarles dinero a los nebjenses parecía una idea tan buena, en 2008 ellos prestaron de por lo menos veintitrés diferentes instituciones entre bancos, asociaciones de

crédito y fondos de préstamos rotativos ubicados solo a unos pasos del parque central.

Un problema al que las instituciones de crédito no le pusieron suficiente atención fue: ¿Exactamente qué iban hacer los nebjenses con todo ese crédito? Es de suponer que empezaban nuevos negocios, razón por la cual ahora en Nebaj hay cientos de ventas—tiendas, librerías, ferreterías, farmacias, heladerías, zapaterías, cafés internet y puestos en el mercado—pero sin suficientes clientes. Fue buena idea abrir pequeñas líneas de crédito para los nebjenses. Mas, en retrospectiva, la inversión de grandes cantidades de crédito en una zona montañosa de poco potencial productivo no fue muy buena idea. Hasta ahora, a nadie se le ha ocurrido una buena estrategia para convertir a Nebaj en una economía de consumo altamente productiva.

El mejor recurso con que cuenta Nebaj es la mano de obra. Y así, la segunda idea para que los nebjenses llegaran a ser autosuficientes—esto se les ocurrió a ellos mismos y no a los consultores de los proyectos—fue buscar un mercado más ventajoso en el cual lograran vender su mano de obra. Los ixiles tienen amplia experiencia en vender su mano de obra en condiciones muy desventajosas. Antes de la guerra, la mayoría migraba a las plantaciones de la costa por lo menos una vez al año para poder compensar la diferencia entre lo que cosechaban en su propia tierra y lo que necesitaban para salir a flote durante el año.¹ Aquellos que no recibían su porción de tierra—debido a que sus padres la habían perdido para pagarle a los prestamistas, o debido a rivalidades entre hermanos o porque algún otro grupo los había desplazado—probablemente terminaban en la costa la mayor parte del tiempo y, en consecuencia, perdían sus vínculos con Nebaj. Incluso ahora, cuando a una familia se le acaba el maíz antes de la próxima cosecha, la solución más obvia es ir a las fincas de café—no tanto por la paga, la cual es mínima, sino por la ración de comida. Para poder ganar dinero más rápido, hasta Q100 al día, los hombres ixiles van a las plantaciones costeñas para cortar caña de azúcar, pero no todos están aptos para este trabajo tan despiadado. Una tercera alternativa es la capital y su periferia en expansión; aquí miles de ixiles se han convertido en obreros y vendedores ambulantes solo para darse cuenta que el costo de vida es tan alto que muchos se regresan a Nebaj sin haber podido ahorrar ni un centavo.

Y así a los nebjenses se les ha ocurrido una idea mejor — ¿por qué no invertir mis préstamos en exportar el único producto que poseo en abundancia a un mercado distante donde tenga gran demanda? Y así se exportaron hacia los Estados Unidos. Los hombres les dijeron a sus esposas: “Me urge ir a los Estados Unidos.” Casi todos sin excepción se han ido *mojados*, en referencia a la táctica de cruzar el Río Grande nadando. En inglés es un término peyorativo, pero los migrantes de Nebaj se sienten orgullosos al referirse a su condición de mojados, aunque la mayoría llega a los EE.UU. a través del desierto de Sonora-Arizona y no del río.

La primera investigadora que estudió la migración de Nebaj a los EE.UU. fue una voluntaria belga. Mientras que yo todavía evitaba el tema, Cécilie Steverlynck organizó entrevistas estructuradas en cuatro aldeas, dos habitadas en su mayoría por hablantes del idioma ixil (Parramos Grande y Palop) y dos habitadas en su mayoría por hablantes del idioma k'iche' (Chortiz y Xexuxcap). Su ubicación a lo largo del límite municipal con el departamento de Huehuetenango sugiere la fuente de inspiración. El primer hombre de Palop se fue al norte en 1996. Seis años más tarde cuando Steverlynck realizó sus entrevistas, 60 de los 121 hombres de Palop entre veinte y cuarenta y cuatro años de edad se hallaban ya en los EE.UU. De los 360 hombres de las cuatro aldeas en esta cohorte de edad, 151 o el 42% estaba en los EE.UU. Pagaban entre Q30,000 y Q40,000 para llegar allí; algunos los financiaba un pariente que ya estaba en los EE.UU. y que los ayudaba a encontrar trabajo. Si caían en las manos de las autoridades de migración estadounidense, el pariente patrocinador en el norte podría financiar su siguiente intento, de tal manera que “el fracaso es casi imposible y alcanzar el norte está casi asegurado.”

En un principio, estos hombres veían a los EE.UU. como una alternativa al trabajo por temporadas que realizaban en las fincas de la costa, en el cual ganaban tan poco como Q400 al mes. Las muestras más visibles de su éxito eran las nuevas casas de blocs y sus nuevas parcelas que a

menudo se encontraban en altitudes más bajas y más productivas. Fueron tantos los que lograron alcanzar estas metas que comenzaron a ver al norte como un mejor modo de vida. Asombrados, los hombres contaban que allí había tanto dinero que hasta a las gallinas y a los perros trataban con respeto. Al tomar conciencia de que estaban teniendo más hijos de los que podían sostener como agricultores, visualizaron su futuro en términos de enviar al norte todos los familiares que pudieran. De las cuatro aldeas salieron hombres para Ohio, Carolina del Norte, Illinois, Florida y Colorado.²

A medida que Steverlynck realizaba sus entrevistas, el éxito y la osadía de las cuatro aldeas producían en otras partes del municipio una fiebre migratoria silenciosa pero imparable. ¿Cuántos son los nebjenses que pudieron irse? Solo podemos calcular. En abril de 2008 las instituciones de crédito más grandes tramitaron 2,653 remesas procedentes de los EE.UU. Si agregamos un estimado de 1,225 remesas recibidas por otros agentes, el total de remesas procedentes de los EE.UU. sería 3,878. Este no es el total de remitentes ya que algunos envían dinero de vez en cuando y otros envían una vez al mes o más. Si suponemos una distribución normal y si suponemos que una cuarta parte de nebjenses en los EE.UU. no envía nada de dinero, yo calculo que en los EE.UU. hay 4,041 nebjenses en abril de 2008.³ Esto equivaldría al 5.5% de la población calculada de 73,216 ese año en el municipio.

Una gran mayoría la componen hombres entre las edades de quince a cuarenta y cinco años.⁴ El resto son ancianos, mujeres que se unen a sus esposos y muchachas solteras llegando a los veinte años que normalmente se reúnen con sus hermanos. Mi impresión es que por lo menos la mitad de los hombres tienen esposas e hijos, o novias embarazadas en Nebaj, pero no cuento con la evidencia concluyente. Los nebjenses se refieren a los migrantes de manera colectiva como *muchachos*—adolescentes y jóvenes en sus veintes que no necesariamente cumplen con las expectativas de un comportamiento adulto. Si un migrante podrá cumplir con las obligaciones financieras necesarias para colocarlo en el mercado laboral estadounidense, como veremos, es una pregunta constante.

Solo un puñado de nebjenses ha podido ingresar a los Estados Unidos legalmente—típicamente al obtener sus visas de turismo—lo que se ha vuelto cada vez más difícil de conseguir porque son tantos los que reciben estas visas y se ponen a trabajar. Además, conozco a una ixil que se casó con un ciudadano norteamericano, otra que se fue a trabajar para diplomáticos guatemaltecos en Washington, D.C., y otro que se fue con visa de estudiante y ya volvió a Guatemala.

Todos los demás han hecho un trato con alguna de las muchas redes de tráfico de migrantes que les prometen ingresar guatemaltecos de manera segura en los EE.UU. A estas redes tradicionalmente se les llaman “coyotes”, por el astuto animal, tema que trataré ampliamente en el siguiente capítulo. Por ahora, basta con decir que la mayoría de las redes operan a través del Departamento de Huehuetenango, al occidente. Los huehuetecos emplean a los nebjenses como reclutadores; les pagan una comisión por cada migrante que logran enganchar; y entregan a los migrantes a las redes mexicanas que los pasan por México hasta los EE.UU.

La mayor parte del capital en riesgo en estas iniciativas procede de otros nebjenses, o familiares o prestamistas. Entre 2007 y 2012, el precio normal de un viaje al norte es Q40,000. Algunas veces lo rebajan a Q38,000 con advertencias, y hay viajes expresos que cuestan hasta Q50,000. Dependiendo del tipo de cambio con el dólar, Q40,000 significa unos \$5,000. Muchos nebjenses pagan un anticipo de Q15,000—cerca de \$2,000. Al llegar a lo que llaman casa refugio, o casa de paso o casa de seguridad, la mayoría de las cuales están en Phoenix, Arizona, la familia que se queda en Guatemala paga el resto. Las recompensas de este sistema han sido enormes. Solamente poseo información incompleta, pero calculo que en el año pico entre junio 2007 y mayo 2008, los nebjenses en el norte remitieron hasta Q213,404,000 o \$27,359,000.⁵ Esta cantidad significaría Q2,900 (\$374) por cada hombre, mujer y niño en el municipio.⁶ Ya que el ingreso anual per cápita en la zona ixil probablemente fue menor que esto, las remesas multiplicaron tremendamente el dinero en circulación.⁷

Adán fue uno de los primeros ixiles en irse al norte, al inicio de la década de los noventa.

Procede de la cabecera, no de una aldea distante. Su padre murió cuando era joven, pero una hermana mayor le proporcionó suficiente ayuda financiera para que estudiara secundaria. Cuando un primo que trabajaba en la capital logró llegar a la Florida, Adán vio que tenía una oportunidad. “En ese tiempo hubo el reclutamiento forzoso, del ejército, y no quise nada que ver con el ejército. No me gusta ni tocar una arma, prefiero a los cuchillos” me contó. “Mi mamá y mi prestamos Q5,000 de una prestamista para pagar al coyote, y tres semanas más tarde estaba en los Estados Unidos, en Harlingen, Texas. Lo peor era catorce horas en una lancha en el Golfo de México, debido a las fuertes olas. En ese tiempo, en la frontera americana, solo hubo un carro de la Migra en la distancia⁸. Fue fácil encontrar un camino para cruzar. Ahora es muy distinto. Ahora hay muchos carros, hay helicópteros, hay perros, hay aparatos infra-rojos y es mucho más difícil.”

“En Harlingen vivía en el Refugio de Río Grande, por seis meses. Pide asilo político porque era joven y todavía hubo el reclutamiento forzoso. Conocí una abogado muy bueno y muy conocida por ayudar a los emigrantes. No, al fin no conseguí asilo político pero, después de salir de Harlingen, sí un permiso de trabajo más número de seguridad social. [Mientras tanto] el Q5,000 había aumentado a Q15,000, por el 10% el mes. Mi mamá me estaba llamando, llorando, debemos mucho dinero. En la Casa del Refugio, trabajamos medio día [en las tareas de mantenimiento] más dos horas para pagar el abogado. Por ejemplo, también sembramos verduras, para que el Refugio sea [auto-suficiente]. Pero no debemos salir a trabajar, y por lo tanto no podría mandar nada a mi mamá para pagar la deuda. Una vez yo y un señor de San Pedro Jocopilas salimos escondidos a trabajar. Un mexicano nos preguntó: ¿Qué hacés en la calle? ¿No sabés que la Migra le va a agarrar? Pero la Migra no nos agarró y nos ganamos \$70.”

“Al día siguiente abandoné el refugio y fui al terminal de Greyhound y compré un boleto para Houston. No conocí nadie allá. En todo los Estados Unidos solo conocí a mi primo y él estaba en Miami. Me quedé muy sorprendido para ver los edificios en los centros, en ese tiempo ni hubo asfalto por las carreteras de Quiché, pero lo más que me sorprendió, lo que más me motivó, fue ver a una mujer negra manejando una camioneta. Aquí nunca vemos a mujer con el trabajo de hombre. Mi pasaje me había costado \$40, quedaba poco. Dijo a un taxista que solo tenía ocho dólares –porque también necesité comer– y le pedí llevarme a la Casa Juan Diego. Allí viví tres semanas. Al terminar el desayuno, salimos a un gran patio y cerró la puerta. Tal vez por ser de la Casa, de la Iglesia Católica, decían que la Migra no puede entrar. Pero sí llegaron los que buscaban trabajadores. Me pagaban \$40-50 el día. Cuando ahorre \$300, yo fui a Western Union para mandarlo a mi mamá.”

“Al lograr mi próximo ahorro, fui al aeropuerto y compré mi boleto para buscar mi primo en Miami. Ya tenía mi permiso. En Miami el shock era que la gente no habla el inglés. Mi idea era que nadie en los Estados Unidos iba a hablar el español. Por eso había estudiado el inglés por correspondencia y ya lo hablaba en un 30%. Un día un cubano me preguntaba, ¿por qué está hablando inglés? Aquí hablamos español. Allá quedé tres años, compré mi primer carro y logré ahorrar \$3,000 con cual volví a Guatemala, después de tres o tres y media años.”

“Eso fue la inspiración de muchos, cuando volví con mi carro y cuando fue de una casa de tabla a una casa de bloque. Empezó la furia para ir a los Estados Unidos. La gente aquí piensa que no hay pobres, no me creían cuando les decía que hay gente que viven en sus carros. [Hay un dicho], nunca se puede tener dos glorias al mismo tiempo. Allí, si quiere comprar carro, lo compra. Si quiere comprar una buena chaqueta, lo compra. Pero allá no hay familia, no es su pueblo y hay muchos desconocidos. Allá uno no sabe quién vive en el apartamento al lado, aun después de mucho tiempo vivir allá. Aquí hay la familia, aquí hay su pueblo pero, porque falta el dinero, hay muchas cosas que no se puede comprar. Quede aquí [en Nebaj] dos años o un año y medio. No me aguantaba aquí y volví a los Estados Unidos. Es característica del inmigrante que, siendo allá, deseo estar aquí. Y regresando aquí, desea volver allá.”

Al final, Adán se quedó diez años en los EE.UU. y más de una vez lo arrestaron por ingresar

ilegalmente o por falta de papeles. Para salir bajo fianza y continuar trabajando, contrató un abogado, pero en su búsqueda por conseguir estatus legal terminó con un juez que ordenó su deportación. El juez le permitió escoger la deportación voluntaria, un elemento liberal de cómo el gobierno estadounidense maneja a los migrantes ilegales. En lugar de ser llevado a un centro de detención y devolverlo a Guatemala en un vuelo de deportados, Adán estuvo de acuerdo en salir del país por sus propios medios, lo que le dio tiempo para finalizar sus asuntos. La noche antes de su vuelo a Guatemala, él y su esposa neabajense igualmente indocumentada, debatían sobre si debían irse o quedarse. Si se quedaban significaba vivir en constante miedo a que los detuvieran, los identificaran y los enviaran a prisión. Así que decidieron irse.

La historia de Adán ilustra cómo los primeros neabajenses que se fueron a los EE.UU. no eran los más pobres de los pobres, es decir, según lo citado por Emma Lazarus en su poema colocado en el pedestal de la Estatua de la Libertad—“Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres.” Muchos eran graduados de la secundaria, un sector que aumentaba cada día, quienes se habían ganado un diploma para estudiar carreras como magisterio y perito contador, pero que no podían encontrar trabajos de oficina. Otros eran hijos de principales que poseían tierra y que podían venderla o darla en hipoteca para financiar el viaje. También hubo otros que eran ex guerrilleros quienes se encontraban en las montañas en los años ochenta cuando sus hermanos repartieron la tierra de sus padres. Generalmente, los ex combatientes no poseían tierras, ya habían perdido su última conexión con la agricultura de subsistencia de sus padres, pero también fueron modelos de energía y determinación.

Algunos de los primeros hombres en ir al norte tuvieron mucho éxito. Si comparamos a Adán y a otros nueve que regresaron a la cabecera con suficientes ahorros para convertirse en modelos de prosperidad, una de las características que compartían era que se habían ido al norte mucho antes que la mayoría de neabajenses. Otra es que se ganaron la confianza de los empleadores *anglos*⁹, generalmente contratistas de construcción, que hablaban poco español pero que estaban tan impactados de sus empleados guatemaltecos que les proveyeron un trabajo estable, les daban aumentos y les ofrecían amistad. Para tales jefes, los guatemaltecos no solo eran más confiables y productivos que los estadounidenses que podían contratar, sino que eran mejor que los mexicanos. Un neabajense recuerda cuando llegó a San Francisco, California: “Me preguntan: ¿De dónde es? Les contesto, soy guatemalteco. Me dicen, muy bien, tenemos trabajo para usted. Si los digo que soy mexicano, no me dan trabajo porque los mexicanos exigen sus salarios, exigen sus horas, piden *break* [descanso] y todo hasta *lonche* [almuerzo].”

Los guatemaltecos como Adán son buenos para trabajar; la familia no los distrae ya que se encuentra a miles de kilómetros; y se puede confiar en ellos para que supervisen a otros trabajadores latinos. Un neabajense trabajó como pintor en trabajos de remodelación en el exclusivo Condado de Marín, al norte de San Francisco. Comenzó ganando \$10 la hora, luego \$15, y al final \$27 la hora porque era un perfeccionista. Otro se fue al norte, no de adolescente ni de veinte años sino a la edad de sesenta y cuatro. Entrevisté a Marcelo Canel en su casa en Chortiz a 3,200 metros sobre el nivel del mar. Es un lugar muy alto para cultivar maíz, entonces como otros *k'iche's* que viven a estas alturas, pastorea animales y cultiva papas. En el conflicto armado, Marcelo perdió a su esposa y a casi todos sus hijos. En la década de los noventa inició una nueva familia y en 2004 se fue al norte con su único hijo sobreviviente.

Los primeros trabajos que él y su hijo consiguieron fueron en Omega, Georgia, en una planta empacadora que les pagaba \$8.40 la hora. El hijo se estableció cerca de allí en Tifton, pero Marcelo se fue al norte de Florida, las Carolinas y Virginia con una cuadrilla de catorce guatemaltecos y mexicanos. Cosechaban tabaco y otros cultivos, y sembraban melones y tomates. El contratista era un gringo llamado Wilbur quien les pagaba \$700 a la semana, les proporcionaba transporte y hospedaje pero no comida, y les prohibía el consumo excesivo de alcohol. Obviamente Marcelo era un hombre viejo y los estadounidenses le preguntaban si no era el momento de jubilarse. Pero este trabajo era más

fácil que cargar quintales con el mecapan camino arriba hacia la aldea. Marcelo visualizaba quedarse en los EE.UU. unos ocho años. Pero a inicios de 2007, después de dos años y medio, regresó porque a su esposa se le dificultaba cuidar las noventa y ocho ovejas. Con sus ganancias y las de su hijo, ya había podido comprar tres mulas, una motosierra, treinta y dos cuerdas de pasto y diez cuerdas de ladera para la milpa—en total 1.8 hectáreas. También pudo construir una cómoda casa para él y su familia.

Patronos inmigrantes, grupos de trabajo familiares y nichos étnicos

La mayoría de los neabajenses nunca encuentran al patrón estadounidense ideal. A diferencia de los migrantes mejor conectados que cuentan con familiares que ya tienen residencia, son pocos los que llegan a un trabajo previamente arreglado. Generalmente, ingresan al mercado laboral cuando esperan en la banqueta, en compañía de decenas de otros centroamericanos y mexicanos. Con suerte, los trabajos temporales se vuelven trabajos fijos, típicamente en agricultura o construcción. Otros empleos típicos se encuentran en restaurantes étnicos, almacenes étnicos y fábricas con bajos salarios, a menudo rastros o fábricas de ropa. Los neabajenses normalmente trabajan para patronos estadounidenses solo en las plantas industriales. En la agricultura, construcción, restaurantes y almacenes usualmente trabajan para otros migrantes que ya tienen residencia o ciudadanía.

En mi círculo de conocidos, una cadena familiar migratoria ha estado encontrando trabajos a través de intermediarios chinos quienes, en más de una ocasión, han sido enjuiciados por el gobierno estadounidense por fraude al seguro social y conspiración por albergar, transportar y atraer a migrantes ilegales. Por todo el este de los Estados Unidos, los restaurantes chinos dependen de estos enganchadores de Chamblee, Georgia, un suburbio de Atlanta y enclave étnico, para que les manden centroamericanos.¹⁰ De acuerdo a un neabajense que trabaja en Syracuse, una ciudad al norte del estado de Nueva York, su patrón chino prefiere contratar guatemaltecos porque trabajan más duro que sus empleados chinos. Otro neabajense que trabaja en Bennington, Vermont gana \$1500 al mes por lavar platos 72 horas a la semana. Por 288 horas al mes, Alfredo gana \$5.20 la hora, casi \$3 menos que el salario mínimo del estado. Lo que lo salva es que su patrón chino le proporciona un lugar donde vivir cerca de allí, y también le paga los gastos por electricidad y televisión por cable. Por lo que Alfredo puede mandar a su casa la mayoría de lo que gana, así este es el mejor trabajo que ha tenido en su vida, y más lucrativo que la mayoría de los empleos para neabajenses en los EE.UU.

En Guatemala, Alfredo está calificado para trabajar de maestro de educación primaria, pero el mejor empleo que pudo encontrar fue en una carpintería donde ganaba sesenta quetzales (\$7.70) al día. Antes de llegar a Bennington, trabajó en dos restaurantes chinos en Alabama y en otros tres en Mississippi, todos estos puestos los consiguió a través de un enganchador en Chamblee. El último empleo en Mississippi fue el mejor—el dueño le pagó \$1,700 al mes, le dio un lugar para vivir gratis y podía comer toda la comida china que quisiera. Pero la cajera era una anciana de Oaxaca, México, y los otros trabajadores eran sus parientes, por lo que ella quería el trabajo de Alfredo para otro miembro de su familia, y le hizo la vida imposible. Al darse cuenta que era una batalla perdida, una vez más llamó a Chamblee. El enganchador lo envió a Bennington, Alfredo pagó su boleto de bus, y la comisión de \$180 fue deducida de su primer sueldo de la semana. Ocho meses después decidió irse, avisó el jueves en la tarde y para el domingo en la mañana ya había dos reemplazos listos para trabajar. Habían sido enviados desde Georgia por el enganchador chino en Chamblee.

El horario perfecto para un hombre como Alfredo equivale a tantas horas como sean posibles, todos los días que sean posibles. Los neabajenses que les pagan de acuerdo a la ley y cuyos patronos no desean pagar horas extras, sino que los restringen a cuarenta horas a la semana, están a la caza de empleos con semanas laborales más largas. Tengo un amigo en el pueblo de Usphantán, cerca de la zona Ixil, quien se fue a Denver. Empezaba su día laboral con un turno de ocho horas en una sucursal de

McDonald's; cada tarde al terminar ese turno, caminaba kilómetro y medio hacia su segundo turno de ocho horas en otro restaurante McDonald's, para completar ochenta horas a la semana. Pero conozco a un ex guerrillero de Nebaj que ha estado trabajando más horas. Trabaja trece horas al día en un supermercado coreano de miércoles a domingo, con un total de sesenta y cinco horas. En sus días libres, lunes y martes, trabaja nueve horas en un supermercado dominicano, para un total de ochenta y tres horas a la semana.

Como la mayoría de recién llegados de Nebaj carecen del trabajo que les han prometido, la mejor alternativa es dirigirse al domicilio de un pariente o vecino. “Los coyotes falsamente prometen trabajos cuando no hay nada”, explica un repatriado que tuvo éxito. “Esa es la razón por la que es mejor buscar a la familia ya que te darán de comer mientras estás buscando trabajo.” En una época en que los patronos en EE.UU. terminan los compromisos con sus empleados al buscar contratistas, sub contratistas y otras fuentes de trabajo temporal, los nebjenses envían grupos familiares de trabajo—redes de hijos, primos, sobrinos y parientes políticos que se pagan unos a otros los viajes al norte, viven juntos y a menudo trabajan juntos y, como le contaron a Cecile Steverlynck, reducen así el riesgo de fracasar.¹¹ Para saber qué tan bien les ha servido esta estrategia, las respuestas más claras las podemos ver en las tres localidades estadounidenses donde suficientes nebjenses han encontrado empleo para crear poblaciones estables. En cada uno de estos mercados laborales los nebjenses han ocupado nichos étnicos. Los nichos son categorías ocupacionales en las cuales se les hace fácil ingresar, pero al no saber el idioma inglés y por la falta de condición legal, se les hace difícil salir.

Homestead

Homestead es un pueblo en los alrededores de Miami que se originó como una estación del ferrocarril, para un distrito agrícola en el cual nunca nieva y los cultivos se dan todo el año. Desde entonces Homestead ha albergado fuerza laboral para cientos de viveros y otras operaciones agrícolas establecidas en los pantanos al sur de Florida, los Everglades. En las décadas de los ochenta y noventa se establecieron en Homestead cubanos, puertorriqueños y haitianos. Les siguieron los salvadoreños y guatemaltecos, estos últimos actualmente proveen la mayor parte de la mano de obra agrícola. Los primeros empleadores fueron los anglos quienes han sido suplantados por una gama de empresarios desde Cuba, México, Colombia, Brasil y otras partes. Los trabajos que ofrecen son atractivos solo para los migrantes indocumentados que no poseen un número del seguro social, la capacidad de hablar en inglés y cualquier otro camino hacia el empleo no agrícola. En Homestead, los migrantes indocumentados pueden encontrar trabajo con un patrón que habla español, que no está interesado en su condición legal porque les paga por debajo de la mesa y en efectivo. De los varios asentamientos ixiles en Estados Unidos, Homestead es el que más refleja las condiciones laborales de las fincas guatemaltecas.

Los primeros guatemaltecos aquí aparentemente fueron q'anjob'ales de Huehuetenango. De acuerdo con un hombre procedente de Parramos Grande, él y un amigo de Tzalbal fueron los primeros nebjenses en llegar a Homestead en 1998, cuando él tenía dieciséis años. En ese entonces había mucho trabajo. Comenzó parado al lado del camino pero pronto encontró un empleo fiable en el que ganaba casi \$60 al día. Aparte de la agricultura perenne, especialmente en los viveros que cultivan palmeras y otras plantas ornamentales para la jardinería, los nebjenses han encontrado empleos mejor pagados pero inestables en la industria de la construcción, la cual está transformando la tierra agrícola en viviendas y complejos comerciales a lo largo de la autopista más cercana. Algunos nebjenses viven en los mismos viveros, en condiciones primitivas pero con muy pocos gastos; otros viven en apartamentos sencillos cerca de la Avenida Krome, el antiguo centro comercial que ha sido desplazado por grandes centros comerciales de hipermercados, por lo que se le ha cambiado el nombre a Distrito Histórico.

Cuando los nebjenses quieren huir de Homestead, la salida más próxima es West Palm Beach, donde la comunidad guatemalteca parece que se estableció con los huehuetecos procedentes de Indiantown. Particularmente, los nebjenses en West Palm Beach son de la aldea Acul. Alquilan casas a valores tan bajos como \$700 al mes en la Avenida Broadway, de la calle 25 a la 53. Una característica interesante es que pueden caminar al Inland Waterway y su playa en quince minutos. Entre los empleadores hay estadounidenses, cubanos, mexicanos, colombianos y venezolanos, particularmente en jardinería, remodelación, colocación de techos y empaque de vegetales.

Dover y Nueva Filadelfia

En Homestead y West Palm Beach, los nebjenses y otros guatemaltecos son parte de una gran población de latinos. Pero en el estado de Ohio, en el medio oeste es un ambiente muy diferente. Nueva Filadelfia y Dover son pequeñas ciudades vecinas al sur de Ohio, entre la decadente área industrial de Akron y los yacimientos de carbón de West Virginia. Nueva Filadelfia se fundó a finales del siglo XVIII como una misión de la Hermandad de Moravia a los indios delaware y un asentamiento agrícola de origen alemán. Dover se inició un poco más tarde, como un pueblo parte del sistema de canales de Ohio. Un hombre al que llamaré Lucas dice que fue el primer nebjense en llegar aquí. Habla k'iche' y viene de Xexucap, y no es un hombre pobre de acuerdo a los estándares de Nebaj. Él ya tenía un empleo en el sector estatal pero quería comprar un camión. Su primera parada fue en Homestead pero no le gustó (“No soy bueno para el campo, tengo malo mi pie y me duele mi estómago cuando busco el tomate”). Así que Lucas y otros cuatro hombres pagaron \$300 cada uno a un huehueteco de Soloma para que los llevara a Ohio. Le pagaron otros \$300 para que les consiguiera números del seguro social. Luego fueron a trabajar a la planta avícola Case Farms en Winesburg.

Case Farms es famosa por sus prácticas anti sindicales y aparece en el libro de Leon Fink, *The Maya of Morganton*, acerca de una huelga en su planta de Carolina del Norte. Muchos de los trabajadores y los huelguistas en Morganton eran de Huehuetenango, especialmente de Aguacatán, que se encuentra colindante a Nebaj y es hogar de muchos de los traficantes que los llevan al norte. Sería interesante conocer más acerca del sistema de contratación laboral de Case Farms pero, según mi amigo Lucas, sus jefes nunca le pidieron reclutar más trabajadores de su lugar de origen. En vez de eso, siempre que él sabía que estaban contratando, les informaba a sus parientes en Guatemala y ellos se venían. Pronto, Lucas se convirtió en un supervisor asistente para un estadounidense llamado Jeremías que no hablaba español pero que lo aprendió rápido y le daba las órdenes a Lucas quien se las pasaba a los otros trabajadores.

Cuando Lucas comenzó a laborar en la planta de Winesburg en 1998, el ritmo de la línea de procesamiento de pollo era mucho más lento que lo que fue después. Durante sus primeros meses, los operarios en la línea todavía incluían estadounidenses. Cuando Lucas se fue, la línea consistía principalmente de guatemaltecos del departamento de Quiché, especialmente de Nebaj y de Joyabaj. Ni los mexicanos podían aguantar el ritmo, dice Lucas. De acuerdo con otro nebjense, un ixil de Parramos Grande, el ritmo de la línea en Winesburg, Ohio en 2008 aumentó de veinte o treinta pollos por minuto a sesenta pollos por minuto, y los estadounidenses no pudieron mantener el ritmo. “Una vez colocaron a una gringa a mi lado en la línea, el primer día lloró porque no pudo hacer el trabajo y después de tres días ya no regresó.”

Para 2008 había cientos de nebjenses en Dover y Nueva Filadelfia, especialmente k'iche's de Xexucap e ixiles de Parramos Grande. Trabajaron en plantas de empaque de productos cárnicos y también en fábricas que producían plástico, tarimas de madera y fertilizante, que normalmente ameritaba un largo viaje en automóvil. De acuerdo con un nebjense que trabajó en varias de estas plantas, la mejor era la planta de fertilizantes. Durante la época más activa, él ganó entre \$600 y \$700 a la semana con un salario por hora de \$9, pero con las horas extras llegó a ganar \$14 la hora. “Un jefe

muy bueno que tuvimos llamado Jeff nos daba comida, tarjeta para comprar comida en Walmart. Nos contrataba solo por cuatro o cinco meses durante la época de mucho movimiento y no nos daba vacaciones pagadas. Pero si hubiera podido quedarme y conseguir una plaza fija, me hubiera dado mis vacaciones pagadas. Fui el primer guatemalteco allí. El jefe me preguntó si tenía más guatemaltecos. Así que traje a veinte más. En otras plantas, la mayoría de trabajadores ya son guatemaltecos, solo unos encargados fueron gringos, me dijeron que, si puede hablar inglés, llega a supervisar la línea en cinco meses.”

Pleasantville

Una de las colonias maya ixil más grande está en un suburbio de Washington, D.C. la cual llamaré Pleasantville. Un poblado del siglo XIX que ha sido reemplazado por centros comerciales, condominios, una autopista interestatal y otras carreteras. Los caminos se han convertido en viaductos de seis carriles porque todo tiene que ser súper grande para acomodar las corrientes de tráfico que fluyen entre el Distrito de Columbia y sus poblaciones lejanas. No se ve gente, solo los pilotos solitarios que zumban en sus carros. De los pocos peatones, la mayoría son guatemaltecos. En la mañana, el lugar parece casi desierto, pero en la tarde y la noche vuelve a la vida cuando las personas salen del trabajo y se van de compras. Aun así en este lugar aparentemente inhóspito, la antítesis de un pueblo indígena del altiplano, cientos de ixiles han encontrado empleo y vivienda. Algunos caminan hacia sus labores en cinco minutos.

Los primeros ixiles llegaron a Pleasantville porque había un lugar donde los patronos buscaban jornaleros, una avenida tranquila en medio de un nuevo centro comercial. Aquí hallaron trabajo con contratistas, jardineros y propietarios, muchos de los cuales resultaron ser coreanos quienes también poseían la mayoría de los nuevos negocios. En 2002 un supermercado coreano abrió y los ixiles pasaron a ser la mitad de su fuerza laboral. Luego fueron a trabajar para otras tiendas en la misma cadena en las áreas metropolitanas de Washington y Baltimore. Los ixiles también fueron a trabajar para propietarios de restaurantes coreanos. Para completar ese nicho ocupacional, encontraron un lugar donde vivir que apodaron Apartamentos Las Cucas en referencia a las cucarachas. Fue su hogar hasta que los edificios fueron demolidos para dar lugar a nuevos condominios. Afortunadamente, los ixiles lograron restablecerse en un vecindario cercano de casas adosadas. Este alberga un arco iris racial típico de los Estados Unidos del siglo XXI, está bien mantenido y es tranquilo. También es el único lugar en los EE.UU. donde he visto a unas cuantas mujeres ixiles en su traje indígena.

Aunque Pleasantville está rodeada por áreas en las que predominan los anglos, muchos neabajenses tienen poco contacto con la gente blanca a los que llaman *americanos*. Su progreso en el idioma inglés es mínimo. Una mañana de 2008, Francisco, parado frente a una biblioteca pública junto con varios otros guatemaltecos, espera a que llegue alguien y les ofrezca trabajo. “Nuestro problema principal es que nunca podemos conversar con americanos”, me dice en español. “Usted es el primero en hablar con nosotros. Los americanos que nos contratan no hablan español y se ponen contentos cuando sabemos un poco de inglés. ‘¡Oh!’, dicen, ‘¡usted habla inglés!’” Francisco y sus compañeros me interrogan acerca de los modismos del idioma inglés que les salen mal entre los cuales están: *Buddy, guy y honey* (cuate, fulano, querida). También desean saber cómo hacer preguntas como: “¿Qué clase de trabajo es este?” Por lo que decido que unos casetes los podrían ayudar para el aprendizaje del idioma, y nos vamos a la librería más cercana. Francisco opina que los americanos son los mejores jefes. Desgraciadamente, el empleador que le paga más es un contratista americano que solo puede contratarlo dos días a la semana, por lo que espera al lado de la avenida. “Casi no queremos trabajar para los latinos porque nos mal trata, nos paga mal”, afirma.

Los neabajenses tampoco dicen mucho a favor de los coreanos. El mero hecho de pagarles \$400 a \$500 por una semana de setenta y dos horas constituye un delito por robarles el sueldo ya que no

incluye el pago de horas extras. Los coreanos tampoco ofrecen apartamentos gratis como la mayoría de dueños de restaurantes chinos. Como muy pocos coreanos hablan español, y como los neabajenses no hablan coreano y pocos hablan inglés, estos dos grupos étnicos dependen de las señales de manos y órdenes de una sola palabra para poder comunicarse. Esta sería una razón del porqué a los guatemaltecos les cuesta mucho entender el sentido de humor de los coreanos.

Gilberto vivió en Pleasantville hasta 2007 cuando el sector de la construcción disminuyó y tomó la decisión de regresar a Nebaj. Recuerda que era un lugar seguro para vivir porque el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE por sus siglas en inglés) no los molestaba y la delincuencia era baja. Gilberto tuvo suerte porque su primer patrón fue un gringo bueno y luego también tuvo un buen patrón coreano. Pero el coreano fue el único bueno, dice Gilberto. “Los coreanos no son como los norteamericanos. Solo le paga por día, no por hora, diciendo que, porque uno no sabe, solo pueden pagar por día. Hay que trabajar desde 6 a 8, por 12 horas (sic), y solo paguen \$80... como \$7 la hora. No da soda [agua gaseosa], no da lonche [almuerzo], hay que traer su propia lonche. Las vietnamitas, lo mismo. Los chinos, lo mismo. Un hindú... peor. Yo trabajé con un hindú por tres meses y solo me pagaron por uno.”

A pesar de este severo juicio, los coreanos son los patrones más confiables que los ixiles han encontrado en las áreas metropolitanas de Washington. Crisanto trabajaba hasta el agotamiento por \$250 a \$300 a la semana. En esta última semana su cheque fue por \$400 porque un contratista coreano le pagó \$13 la hora. Crisanto me dijo: “No todos son malos. Si confiás en el Señor serás recompensado. Los coreanos son mejor jefes que hispanos porque pagan lo acordado. Jefes hispanos son malos porque no cumplen con su palabra.” Igualmente importante es que los supermercados coreanos y otros negocios proveen empleo estable porque resistieron la caída del sector de la construcción en 2007 y el pánico financiero en 2008.

Pronto aprendí a reconocer el nicho residencial de los neabajenses en las áreas metropolitanas de Washington y Baltimore. Viven en complejos de apartamentos o casas adosadas atrás de los centros comerciales. Comparten una unidad de tres dormitorios con ocho y hasta doce gentes, la mayoría son de Nebaj y la mayoría son varones. A excepción de los neabajenses que tienen un puesto estable en la rama de la construcción, sus salarios se encuentran cerca del mínimo legal. Como el alquiler de cada vivienda varía entre \$1,500 y \$1,700 al mes, la manera más obvia de maximizar las remesas es llenar la residencia con tantos asalariados como sea posible. Esto divide el alquiler en pequeñas sumas, y así resultan durmiendo dos a tres personas en cada cuarto (casi siempre familiares), y varios más en la sala.

Las casas de los solteros casi no cuentan con muebles a excepción de una mesa de plástico en la cocina, unas cuantas sillas plásticas y una televisión de pantalla grande en cada cuarto. A falta de colchones, duermen sobre las alfombras con una chamarra y una almohada. En los baños no hay ni jabón, ni papel porque cada quien tiene lo suyo. Sin embargo, me complace informar que, en dos apartamentos dirigidos por matriarcas ixiles, el baño estaba surtido con todo lo necesario, había camas y muebles donde sentarse. Las computadoras y los sistemas de sonido se encuentran por todas partes. El material impreso casi no existe a excepción de una que otra factura y avisos del propietario. Cuando en un apartamento pedí una guía telefónica, me dijeron que la habían tirado. Todos tienen al menos un celular, normalmente a planes mensuales que les permiten conversaciones más largas. Algunas veces mi interlocutor hablaba simultáneamente por su celular en ixil y conmigo en español.

Para reducir los gastos per cápita y cumplir con sus metas de ahorro, los neabajenses no solo llenan los apartamentos sino que también traen más familiares y vecinos. Visité uno de estos grupos familiares de trabajo en el apartamento de Candelario y Juliana en Pleasantville. Candelario ha estado en los EE.UU. desde marzo de 1999. En los primeros años se cambió de Carolina del Norte a Carolina del Sur, y luego regresó a Carolina del Norte y se fue hasta Colorado, en vanos intentos de ganar más de \$200 a la semana. En 2002 llegó a Pleasantville y desde entonces ha estado trabajando en un supermercado coreano. En su mejor momento, los coreanos le llegaron a pagar casi \$500 por sesenta

horas a la semana, pero con la recesión de 2008 le bajaron el salario a \$420. Viven en una casa adosada bien cuidada, con pisos blancos brillantes, una mesa de vidrio con cinco sillas en el comedor y dos sofás puestos frente a la televisión en la sala. Su esposa Juliana también trabaja en un supermercado, doce horas al día. Tan pronto como llega a casa, a las diez de la noche, logra preparar comida para un gran grupo. Ellos mandan a varios hijos y sobrinos. En un día de descanso, que es muy de vez en cuando, Candelario lleva a los jóvenes de un lado a otro en su viejo pero impecable vehículo. Hasta las buenas acciones se castigan: Cuando uno de los muchachos se enchufa los aparatos electrónicos, se apaga la televisión. Y cuando otro muchacho se va con la llave, Candelario se queda afuera.

Pero los neabajenses no solo traen a sus familiares para ayudar con los gastos. Algunas familias tratan de traer a cada hijo y algunas veces a cada hija también, en la creencia que cada uno necesitará de las remesas para establecer un hogar en Nebaj. Diego y su hermano Pedro eran nietos de uno de los grandes principales ixiles, un líder político y religioso en la primera mitad del siglo XX quien controlaba grandes extensiones de tierra pero que perdió la mayoría de ellas a cantineros y prestamistas. Diego y su hermano estuvieron años en las montañas con el Ejército Guerrillero de los Pobres, él era responsable de administrar a los civiles y su hermano teniente en el frente Ho Chi Minh. Sobrevivieron al rendirse al ejército y en los años noventa se involucraron en los proyectos de los reasentamientos. Pero los Q60 (\$7.70) que ganaban al día como coordinadores de ayuda no fueron suficientes para satisfacer sus necesidades.

Así que en 2003, a la edad de cuarenta y ocho, Diego vendió 50 cuerdas de tierra (2.2 hectáreas) para reunir los Q36,000 que necesitaba para irse al norte. Su primer empleo fue en un restaurante coreano en Pleasantville; trabajaba doce horas al día y seis días a la semana por \$300 en efectivo. Después de un mes se cambió a un supermercado coreano por \$400 a la semana. Varios meses después se cambió para trabajar con un contratista pintor que le pagó \$10 la hora por sesenta o setenta horas a la semana, si el tiempo lo permitía. Con el invierno se acabó el trabajo, entonces Diego fue a laborar para un constructor de patios traseros. Un día en marzo de 2004, él y su cuadrilla estaban buscando una dirección en las serpenteantes calles de Arlington, Virginia cuando tropezaron ante la entrada de una instalación militar. Los guardias les pidieron su identificación. Tres miembros del grupo la tenían pero Diego y otros tres no; por lo que los entregaron a la Migra. Y así, justo cuando comenzaba a ganar dinero sobre su inversión, fue deportado a Guatemala.

Cuando conocí a Diego en 2007, tres de sus cuatro hijos habían tomado su lugar en los EE.UU. y trabajaban en restaurantes chinos. En base a las 7,200 horas al año de lavar platos y cocinar, dos de sus hijos construyeron casas de dos pisos en su tierra natal. Al tercer hijo, después de dos años de trabajo, lo detuvieron en un bus Greyhound en Rochester, Nueva York y lo deportaron a Guatemala. No pudo construir una casa nueva, se sentía dejado atrás pero estaba por probar suertes otra vez. De los demás de la familia de Diego, a su hermano Tomás lo bajaron de un bus Greyhound cuando viajaba a Buffalo para trabajar con un patrón chino. Un sobrino de dieciséis años que se fue al norte también había sido arrestado pero, debido a su condición de menor, lo liberaron y entregaron a una madre de adopción temporal y le permitieron asistir a una escuela secundaria cerca de Pleasantville. Un segundo sobrino a quien Diego ayudó para irse al norte con un préstamo del 5% de interés mensual (mitad de la tasa normal) tuvo éxito en una serie de restaurantes chinos. Un tercer sobrino estaba en Homestead laborando en el campo para un patrón cubano. Marcador para Diego y su familia: él, un hermano, tres hijos y tres sobrinos se fueron al norte con el resultado de tres deportaciones, un arreglo de adopción temporal y cuatro trabajadores en 2011.

Falta de suficiente trabajo

Los neabajenses que se han beneficiado más de la migración a los Estados Unidos son los que se fueron de primero, encontraron empleos estables y a veces muy bien pagados, y regresaron con todos

sus ahorros. Algunos elogian su experiencia en Gringolandia: “En cuanto a América, a Norteamérica, no tengo nada de malo,” me dijo uno que tuvo éxito y ya regresó. “Me recibieron bien, me pagaron bien, los [dueños] norteamericanos son muy buenos. El primer año fue bueno, magnifico. El segundo año fue magnífico. Trabajé con un gringo que hace remodelación de casas: cerámica [señala el piso], pintura, plomería, *drywall* [tabla yeso]. Trabajamos solo de 8 a 4 y si uno no sabe, paga \$10 la hora. Venía a recogerme en mi apartamento y allá me dejaba al terminar el día. Hubo *breaks* [descansos], nos dio una *soda y crackers* [gaseosas y galletas], nos dio *lonche* [almuerzo], fue todo bien. Después trabajé con un coreano quien fue también bien... un pintor. En cuanto a América, a Norteamérica, a los gringos, no tengo ninguna queja. Me fui y vi que es muy distinto allí.”

Algunos repatriados declaran que todo el país es un mejor modo de vida: “Los Estados Unidos es un buen ejemplo porque tiene todo organizado y no aplastan la ley, la ley viene primero. Aquí [en Guatemala] es como jugar la ley. Aquí un asesino mata a cinco personas, paga su fianza y está libre. Aquí piden la policía la licencia para sacar dinero. Allá, si uno maneja perfecto, no hay problema. En cinco años no me molestaron. La policía sabe que somos indocumentados pero no nos molesten si manejemos bien. Yo nunca tenía problemas con la policía. Yo tenía mucha suerte. Los patronos fueron buenos conmigo, no perdí mi dinero, mi mujer es muy buena persona y guardó todo mi dinero. La mayoría [de esposas] van con otro hombre pero ella no. Los Estados Unidos fue una bendición por mí. Volví por avión de San Francisco, fue mi primer vuelo y sentí el avión subiendo al aire [extiende sus brazos con una gran sonrisa]. Cuando llegamos a cierta altura, yo dije en voz alto: ¡Qué Dios bendiga a los Estados Unidos! La gente al lado me decía, es la primera vez que hemos escuchado una persona hablar así.”

Sin embargo, más a menudo, los que regresan expresan decepción. “Más o menos”, “un poco de éxito” y “me fracasé” son las respuestas más comunes cuando les pregunto a los nebajenses cómo les fue. A algunos los deportaron antes de pagar la deuda por el viaje; otros lograron pagar la deuda pero regresaron poco tiempo después porque la presión de buscar trabajo fue tremenda. En particular, los nebajenses no tienen nada bueno que decir de Homestead, al punto que me preguntaba por qué todavía hay alguno allí.

En 2007 un pastor de Nebaj llegó a Homestead para visitar a unos miembros de su iglesia. Se impresionó de verlos tan desesperados. “Fue como Guatemala”, me contó. “En dos cultos reunimos con 100, 125 gente, luego en un culto más pequeño de 15 o 20. La primera vez nos quedamos en un hotelito, la segunda vez con ellos—en uno de dos apartamentos chiquitos llenos con **un total de 25 gentes** que compartían una cocina y un baño. Tiene que formar cola para ir al baño. Camas aquí, camas allá de dos pisos. La gente llorando. ¿Por qué? Porque no hay trabajo. Y los patronos pagan muy bajo. Y los negros—tienen mucho miedo a los negros, dicen que son malos y les hacen asaltos. ‘¿Qué debemos hacer?’, me preguntaron. ¿Qué puedo hacer yo?” Desesperado el pastor gesticulaba. “Les dije que orar al Señor. Les dije, trabaje lo más duro posible para el dueño, para tal vez convencerlo de mantenerle en el trabajo en lugar de despedirlo y buscar otro. Y les dije que buscar otro lugar donde la gente no están amontonado. En Homestead hay guatemaltecos en todas partes. Aquí, allá, solo se vea guatemaltecos. Tienen que hacer llamadas telefónicas a otras partes, tienen que buscar trabajo en otras partes donde los guatemaltecos no están amontonados.”

Pareciera que Homestead se había vuelto mucho como Guatemala. ¿Debería culparse a los guatemaltecos por recrear las condiciones que esperaban dejar atrás? No lo creo. La mayoría de guatemaltecos en Homestead son ordenados, muy trabajadores, y contribuyen más que su cuota a la economía de Miami. Afuera de los apartamentos sofocantes y atestados donde viven, existe una gran prosperidad. Nuevos centros comerciales, nuevos condominios, espectáculos recreativos e imponentes hileras de palmeras bordean las rutas hacia la autopista. Pero la mayor parte de la fuerza laboral en la jardinería, viveros y granjas de cultivo es indocumentada, lo que quiere decir es que los trabajadores están indefensos, y es común y frecuente el robo de sus sueldos. El robo de salarios se logra con pagos

en efectivo no contables e incluye horas “recortadas”, pagos atrasados, pagos más bajos de lo acordado y pagos por debajo del salario mínimo. Cuando dos investigadores de Florida International University entrevistaron a trabajadores en 2007, la mayoría ni sabía cuál era el salario mínimo. Muchos son analfabetos; los más autóctonos ni siquiera hablan bien el español; y por temor a ser deportados, son bien difíciles de organizar.

Alejandro Angee y Cynthia Hernández informan que: “Aunque los trabajadores son las personas más afectadas al no pagarles lo que se les debe, los negocios que cumplen con los salarios justos y con las leyes laborales también son afectados por los bajos costos y el ambiente de deshonestidad creado por los competidores que ignoran la ley. La derogación de los reglamentos en los negocios, específicamente el incumplimiento de las leyes laborales respecto a los salarios y a los horarios, vuelve también más vulnerables a los trabajadores. A nivel local, las dinámicas de poder de Miami-Dade también juegan un papel importante ya que Miami se ha convertido en un imán para los migrantes latinoamericanos y ofrece una forma de trabajo que para los empleadores es fácil de explotar... El éxito de algunos migrantes en Miami significa que los empleadores que explotan a los trabajadores son tanto latinos como anglos.”¹²

De acuerdo con Jonathan Fried, director de un centro laboral en Homestead, el robo de sueldos es peor que en cualquier otro rincón de Dade County. Él considera que el 90% de las víctimas son guatemaltecos, porque son los que acaban de llegar y trabajan para los patronos que más violan la ley. Conoce este ambiente desde hace una década y cree que el empleo ha ido en descenso desde 2006. Para 2010 la industria de la construcción que ofrecía los mejores empleos para los guatemaltecos, parecía totalmente muerta. Había tantos juicios hipotecarios que un repunte parecía improbable. El colapso en los nuevos proyectos de construcción significaba que también los viveros estaban en crisis. Muchos guatemaltecos se habían regresado a su país o se habían ido a otro lado en busca de trabajo.

Cuando visité Homestead en abril de 2008, Alejandro Angee y yo contamos 110 hombres a lo largo de casi un kilómetro de la Avenida Mowry a las 7:15 am. Los primeros hombres que saludamos eran de Huehuetenango, pero rápidamente nos conectaron con varios grupos de neabajenses. Un hombre procedía de Parramos Grande. Calculaba que, solo de su aldea, había unos cuarenta a cincuenta hombres en Homestead. Había estado allí dos años y también afirmaba que el empleo había disminuido. Él y sus acompañantes podían cubrir solo el alquiler, no podían ahorrar o enviar remesas.

Otro de los neabajenses de 28 años de edad había estado en Homestead más tiempo y recordaba una mejor época. Cuando este segundo hombre llegó a Homestead en 2002 había mucho más trabajo; dos años más tarde los hombres que esperaban en la Avenida Mowry desaparecieron porque todos tenían un empleo. Durante este período de gloria, él ganó \$16 la hora con un contratista pintor. Luego aparecieron tantos guatemaltecos que escaseó el trabajo. Sin un empleo estable durante meses, ahora él depositaba sus esperanzas en un granjero chino que lo necesitaría en junio.

Le pareció más ventajoso esperar por este buen patrón, quien le pagaría \$80 al día más horas extras, que correr el riesgo con los contratistas de las Carolinas que estaban contratando trabajadores pero que tal vez decían mentiras. Mientras tanto, los hombres que se habían quedado semanas sin trabajo aceptaban salarios tan bajos como \$50, \$40 y hasta \$30 al día, lo justo para poder comer. No había visto a su esposa y dos hijos durante seis años.

Ahora que sabía de qué se trataba le pregunté si lo haría otra vez. Miró a lo lejos. “No”, dijo. “Vivir allá es mejor. Uno tiene su casilla (o casita) y no tiene que pagar *renta* [alquiler] ni comida. Aquí hay que pagar todo—*renta*, comida, transporte.” Le pregunté: ¿Todavía vienen más jóvenes de Parramos Grande? “Sí.” ¿Ustedes no les dicen que no hay trabajo? “Sí, pero piensan que son mentiras. Mandamos el dinero y piensan que es fácil ganarlo. Piensan que la vida aquí es fácil. Pero gastamos más que mandamos.”

En enero 2010 llegué a la Avenida Mowry a las 9:00 de la mañana y conté más de 150 hombres. Esta vez fue más difícil ubicar neabajenses—la mayoría de los hombres que abordé dijeron que eran de

Huehuetenango, especialmente del municipio de San Juan Atitán. Pero luego localicé un grupo de nebjenses. De los cuatro hombres con quienes hablé, tres dijeron que después de permanecer en los EE.UU. un promedio de cuatro años y nueve meses, todavía debían el viaje al norte. Dijeron que aún había muchos nebjenses en Homestead. Pero que si no estaban esperando en la Avenida Mowry, era porque ya tenían trabajo. Así que hablaba con hombres que se encontraban en la peor de las situaciones; no eran una muestra representativa de la población de Nebaj en Homestead.

Ese mismo enero, también visité a los nebjenses en los suburbios que rodean Washington, D.C. En ocho lugares que incluyeron Langley Park, Maryland y Annandale, Virginia, conté 465 hombres que esperaban a que alguien llegara y les ofreciera trabajo. Entre los hombres había mexicanos, salvadoreños y hondureños así como guatemaltecos, la mayoría de los cuales no eran de Nebaj. La mayoría de los hombres que abordé habían estado en los EE.UU. un mínimo de un año y dijeron que habían experimentado mejores tiempos, principalmente en el ramo de la construcción. Esperaban que la construcción volviera a recuperarse en abril. Es inquietante ver a tantos hombres sin trabajo, pero no puedo cuantificar la cantidad total de trabajadores migrantes en estos lugares — ¿cuántos más hombres de estas corrientes migratorias poseen trabajo? Incluso, tratándose de los hombres que esperan por una ocupación tendríamos que saber su historial de empleo, conocer cuánto han ganado y cuánto tiempo han estado sin trabajar para entender su situación económica.

Uno de los lugares en que todavía había trabajo en 2010 era en el sur de Ohio. Entonces, ¿por qué no se iban todos los nebjenses para allá? “Porque no les gusta el frío, porque se acostumbra a Florida y porque no necesitan papeles allá” fue la respuesta de un veterano. En Ohio, para calificar para un empleo en las fábricas, tienen que comprar sus documentos a puertorriqueños o chicanos. También conseguir un trabajo en Ohio implica tener que manejar a otras fábricas en otras ciudades, llenar una solicitud y esperar. Esto no solo requiere de un alto grado de confianza, sino también de contar con parientes o amigos que les puedan dar alojamiento, comida y transporte hasta que salga el empleo.

Asaltos, choques y de vuelta a casa en silla de ruedas

Uno de los argumentos más resonantes en el debate estadounidense sobre la inmigración es que los migrantes les quitan los puestos a los estadounidenses. Una respuesta igualmente resonante es que los estadounidenses que rechazan los altos niveles de migración son racistas. Solo ocasionalmente escuché a los nebjenses referirse a roces con los trabajadores estadounidenses. Una posible razón es que, como son muchos los nebjenses que trabajan para patronos inmigrantes en enclaves étnicos, son pocos los que realmente trabajan junto a estadounidenses. Pero en Ohio algunos nebjenses han aprendido a ser aprensivos.

Uno que había regresado me dijo: “Nos molesta, nos aplasta con el forklift [montacargas], corriendo hacia nosotros, porque no descansamos y trabajamos doce horas y recibimos cheque de \$600, mientras ellos trabajan solo ocho horas y reciben cheques de solo \$400.” A este hombre también lo tenían en la mira unos vándalos. Una noche afuera de su casa, descubrió a unos adolescentes que trataban de birlarle el cable de televisión. Llamó a la policía quien se lo llevó para que revisara fotos de los jóvenes del lugar; no pudo identificar a nadie. Mientras estaba allí, alguien le rajó las llantas de su carro y las del carro de su hermano. Decidió cambiar su dirección debido al ataque y porque sus compañeros de casa tomaban mucho.

De acuerdo a los estándares estadounidenses los nebjenses son de baja estatura—la estatura promedio de los hombres es de un metro setenta—y tienen miedo a ser atacados por delincuentes, a quienes identifican más que todo como negros, a lo lejos le siguen los mexicanos, otros guatemaltecos y blancos. La zona de mayor riesgo es Homestead. Hasta ahora he conocido tres hombres que, después de sufrir asaltos allí, volvieron inválidos a sus casas. Jacinto Ceto había trabajado en

Homestead tres años cuando, una noche, sintió calor en su apartamento y salió a sentarse afuera. De repente se fueron las luces, alguien gritó que los morenos (hombres negros) se acercaban y, aún en su silla, lo golpearon en la sien con un bate de beisbol. “Desde el primer noche di cuenta que el lugar no era buena, que no podría salir de noche porque podrían atacar, que no podría vivir allá con seguridad. Si encuentran un guatemalteco caminando en la calle, si está solo, lo atacan. Van cuatro y los dejan pasar. Cuando hay policías, no lo hacen. Pero si vean a uno solo, lo atacan”, me dijo. En un hospital de EE.UU. le colocaron un ojo de vidrio, por un costo de sus ahorros de \$2,500, pero el hueso debajo de su sien todavía estaba fracturado y le costaba ganarse la vida.

Jorge Oxlej había estado en Homestead dos meses y medio, caminaba por la calle y tomaba un refresco, cuando dos hombres le dispararon en la pierna con una pistola a una distancia de nueve metros. Nunca los había visto en su vida, y como en el caso anterior, no fue para robarle. Corrieron cuando apareció la policía. En un hospital de allá le quitaron la bala pero ahora cojea mucho y la pierna le duele al caminar, por lo que esto limita su capacidad para trabajar. Un año más tarde cuando visitaba Homestead, saludé a unos jornaleros sobre la Avenida Mowry y uno de ellos resultó ser el primo de Jorge. La razón por la que él seguía aferrado a Homestead, a pesar de no haber trabajo, era porque un segundo miembro de su familia había sido derribado por delincuentes.

En noviembre de 2007 su sobrino de veintidós años Juan Oxlej regresaba de su trabajo a las 7:30 pm cuando unos hombres le dispararon en el pecho. Otro miembro de la familia Oxlej relataba una versión diferente de los hechos; Juan estaba bolo y regresaba a la una de la madrugada cuando le dispararon, probablemente al resistirse a que lo robaran. Durante la operación que le salvó la vida, su cerebro permaneció sin oxígeno por cinco minutos y seis meses más tarde todavía estaba en coma. A los dos años de esto, Juan recuperó el conocimiento pero estaba medio paralizado, no pudo ver ni hablar y, a juzgar por los ruidos que emitía, sufría mucho. Su tío y su mamá querían traerlo de regreso a Guatemala pero no pudieron obtener permiso de las autoridades estadounidenses.

Algunos meses más tarde, hacía fila en el hospital de Nebaj cuando conocí a otra víctima de un balazo que sufrió en Homestead. Dos meses antes Pedro López fue a la tienda a las 8 pm, para comprar una tarjeta de teléfono para llamar a su esposa en Guatemala. Un hombre le pidió dinero y, cuando le dijo que no tenía, el hombre lo persiguió y le disparó en el brazo. Ahora de regreso en Nebaj, todavía tenía su brazo en un cabestrillo y era incapaz de mover todos sus dedos.

De acuerdo al organizador laboral Jonathan Fried, los guatemaltecos son las víctimas más frecuentes en asaltos en Homestead porque andan a pie o en bicicleta para dirigirse al trabajo, y no poseen cuentas bancarias. El lugar más peligroso es una venta de licor que dirige un q’anjob’al suspicaz llamado Mario. Pegadas al vidrio antibalas de la caja registradora se encuentran instantáneas polaroid de los clientes que menos le agradan a Mario—un perverso panteón de la clase trabajadora guatemalteca. Cada foto tiene su leyenda, tal como: “Me robé una caja de cerveza” o “soy ladrón” o “soy huevón.”

Nebajenses en los EE.UU. también han quedado parálíticos debido a accidentes de tráfico. Si los empleadores se dan cuenta que son responsables, rápidamente les ofrecen dinero para que la víctima renuncie a su derecho de un pago mayor. De vez en cuando, gracias a abogados estadounidenses, los guatemaltecos accidentados reciben grandes cantidades por daños. O sus herederos. Pero esto es una bendición de dos filos, porque en su lugar de origen, el dinero atrae a extorsionistas que amenazan con secuestrar al beneficiario o a sus hijos. Los que logran recibir una liquidación son la excepción; la mayoría de las víctimas y sus familias no reciben nada. Es una gran desventaja carecer de estatus legal, como lo es el hecho de que muchos guatemaltecos trabajan bajo un nombre falso. Si algunas víctimas logran recibir un pago es por la intervención oportuna de un picapleitos. En Miami, los enganchadores típicamente son cubanos que buscan a los damnificados en las salas de urgencia.

Para comunicar el sabor de los casos estilo silla de ruedas resumiré un caso de otro rincón de los Cuchumatanes. Luis Alberto Jiménez era un migrante ilegal originario de Soloma, uno de los

pueblos de acelerado crecimiento debido a las remesas. Ajeno a su voluntad, Luis Alberto sufrió irreparables heridas cerebrales en un accidente de carretera que provocó un estadounidense ebrio que manejaba un vehículo robado. Murieron dos guatemaltecos y dos más estaban seriamente heridos. Como el ladrón no contaba con seguro, el abogado de Luis trató de resarcir el costo de sus gastos médicos de la compañía de la cual el vehículo había sido robado. Eso no funcionó. Un hospital estadounidense le salvó la vida a Luis dos veces pero solamente recibió \$80,000 en compensación por parte de Medicaid. Después de tres años y \$1.5 millón en gastos, el hospital negoció un acuerdo con el gobierno de Guatemala, el cual aceptó hacerse cargo de Luis, y lo devolvió a su patria en un avión ambulancia. Cuando lo entrevistó un periodista guatemalteco,¹³ Luis creyó que todavía estaba en la Florida y no pudo recordar que tenía esposa y dos hijos. En vez de eso, quería que le colocaran rellenos de oro en sus muelas para así conquistar a una novia.

En pocas semanas, un hospital estatal le dio de alta para otro hospital del estado, donde fue encontrado en un corredor, en una camilla y en su propio excremento. Su familia se lo llevó de vuelta a Soloma. Un primo en Florida demandó al hospital estadounidense por detención ilegal, daños punitivos y el costo del cuidado médico de Luis en Guatemala. En dos ocasiones, los jueces en Florida fallaron a favor de la demanda por casi un millón de dólares antes de que un jurado de Florida sin jurados hispanos declarara libre de culpa al hospital. Cuando los abogados estadounidenses de Luis subieron hasta su remota aldea en los Cuchumatanes, se dieron cuenta que su calidad de vida allí, cuidado por su familia, era mejor que en un asilo estadounidense. Pero sus ataques empeoraron y probablemente le quedaba poco tiempo de vida. Sus defensores fueron firmes en declarar que su atención médica era responsabilidad del gobierno estadounidense.¹⁴

Tropiezos con la ley gringa

Los neabajenses no solo se sienten aprensivos respecto a los criminales estadounidenses, sino que se sienten igual de aprensivos a ser arrestados por la Migra estadounidense —y con mucha razón ya que virtualmente todos han quebrantado la ley al ingresar al país. Infortunadamente, no tengo manera de cuantificar cuántos han sido arrestados por ingresar ilegalmente, cuántos han sido arrestados por su falta de legalidad, cuántos han sido arrestados por delincuentes y cuántos han sido deportados a Guatemala. Pero el número de detenidos y deportados seguramente asciende a varios cientos, solo de neabajenses. En 2011 el gobierno estadounidense deportó 30,855 guatemaltecos.¹⁵ Como en el próximo capítulo trataré el tema de cruzar la frontera y sus repercusiones financieras, aquí consideraremos el amplio espectro de aspereza, indulgencia y olvido que los neabajenses experimentan con el sistema legal de los EE.UU.

A los neabajenses que cuentan con un número de seguro social a menudo les pagan bajo un seudónimo. Muchos de los números parecen ser genuinos y pertenecen a ciudadanos estadounidenses o residentes legales con nombres hispanos a los que se les han robado los números o han escogido vender sus números. La ventaja de vender tu número es que, aparte del dinero, cualquiera que trabaja bajo tu nombre contribuirá a tu retiro.¹⁶ Desde el ataque del 11 de septiembre sobre Nueva York y Washington, D.C., la actitud férrea del gobierno de los EE.UU. hacia el fraude de documentos incluye el tráfico de los números del seguro social.

Solo conozco a un neabajense que ha sido enjuiciado por esta clase de delito. Miguel, hermano de uno de mis amigos es la oveja negra de la familia. Estuvo en los EE.UU. cuatro años sin pagar su deuda al coyote, lo cual significó cuatro años de ansiedad para su familia en lugar de recibir las remesas que se suponían mejorarían su vida. Una noche en Ohio, Miguel se emborrachó y se peleó con su novia. Una compañera de esta llamó a la policía y lo acusó de ladrón. No fue sino hasta que se declaró culpable de robo gravoso y pasó cuatro meses en la cárcel, que la policía lo entregó al Servicio de Inmigración y Control de Aduanas para su deportación. Aquí fue cuando surgió que él había

trabajado bajo el número del seguro social de otra persona. Un fiscal federal decidió acusarlo de robarse el número, con una condena obligatoria de dos años, con el fin de que delatara quién se lo había vendido a él. El fiscal quería perseguir a empresas que estaban contratando cantidades de trabajadores con identidades falsas.

Resultó que a Miguel le habían estado pagando bajo el nombre de un hombre cuyo número del seguro social era usado por nueve gentes, que contribuirían a su retiro mientras él descansaba en prisión. No sé si Miguel al final le dijo algo útil al fiscal, pero a sugerencia del abogado defensor escribí una petición de clemencia de su hermano en Nebaj, en idioma inglés para el juez, y con una explicación del papel que yo desempeñaba al respecto. El hermano de Miguel y yo explicamos sus circunstancias: uno de seis hermanos, que no heredó casi nada de tierra y que estaba tratando de mantener a su esposa y cuatro hijos. Le aseguramos al juez que la familia de Miguel lo ayudaría a pagar sus deudas y no dejarían que regresara a los EE.UU. Gracias al abogado defensor, el fiscal permitió que se confesara culpable de un delito menor y así cuatro meses más tarde se encontraba de regreso en su casa. Infortunadamente, como Miguel no ahorró durante sus primeros cuatro años en los EE.UU. su deuda ahora sumaba más de \$13,000. Por lo que en menos de un año estaba de regreso en Ohio, donde se supone que ahora trabaja y se mantiene alejado del alcohol para pagar su deuda de \$18,000.

Los nebajenses cuentan con un sinfín de historias acerca de ser deportados, pero también tienen historias acerca de meterse en serios problemas y salir airosos. Tal es el caso de uno de los familiares de Miguel, un veterano del ejército de Guatemala que se fue al norte y que parecía que estaba ganando mucho dinero en Washington, D.C., pero que de repente dejó de comunicarse con la familia. Con gran dificultad, su familia averiguó que él había sufrido un accidente automovilístico y enfrentaba hasta dieciocho años de prisión. Menos de un año después regresó a Guatemala sano y salvo.

Esta es la historia que Julio Vicente Toc le contó a su familia. Durante sus primeros seis meses en los EE.UU., Julio ganó mucho dinero—supuestamente en una fábrica de muebles—y en lugar de pagar su deuda por el viaje, se compró un carro nuevo. Luego compró un carro más lujoso, comenzó a salir con mexicanos e hirió de gravedad a un gringo en un accidente de tránsito. Huyó del accidente y buscó refugio con sus amigos mexicanos, solo para que la policía irrumpiera en el apartamento y lo detuviera junto con mariguana y mucho dinero. Por eso es que no solo fue enjuiciado por huir del lugar de los hechos sino por narcotráfico.

Julio se encomendó a la clemencia de la corte. Convenció al juez de que era un huérfano, que sus hermanos sufrían y que dependían de él para su sostenimiento (en realidad, dos de sus hermanos subían de mando dentro del ejército guatemalteco). Julio también engañó al juez para que aceptara sus documentos de identificación como verdaderos, de tal manera que lo trataron como un ciudadano norteamericano. Dos abogados lo ayudaron a negociar la pena que resultó en una sentencia suspendida de cinco años, por lo que pudo regresar a trabajar en la fábrica de muebles donde le embargarían sus sueldos para pagarle a la víctima del accidente. Solo que ahora Julio se dio cuenta que los sueldos embargados significaba que no podría ahorrar dinero. ¿De qué le servía eso? Así que le pidió a su mamá que le enviara su documento de identificación de Guatemala, se fue al consulado guatemalteco para obtener un pasaporte bajo su verdadera identidad y regresó a su país. “¿Quién sabe cuánto debo allá?”, le dijo a su familia. Su mamá vendió tierra para pagar la deuda que Julio tenía en Guatemala. La última noticia es que ella estaba bien porque otros dos de sus hijos se habían ido a los EE.UU.¹⁷

Los nebajenses se han convertido en diligentes estudiantes de las diferencias entre las autoridades de migración de los EE.UU., la policía local que los entrega a la Migra y los muchos policías locales que no. “Hubo policías por todas partes y de cuatro distintos clases”, un ixil asombrado me dijo acerca de su infeliz estadía en Buford, Georgia, un suburbio de Atlanta lleno de migrantes latinoamericanos. Eso contrastaba con las políticas relajantes a que estaba acostumbrado en otros lados. A menudo el manejar carro es ocasión para encontrarse con la policía, y no solo por la falta

de una licencia de manejar o manejar mal, sino también porque los conductores realizan funciones logísticas para otros migrantes. “Todos que manejan caen en manos de la policía”, me contó un anciano ixil que había regresado de Ohio. “Pero no por falta de licencia—no es difícil conseguir una licencia [por lo menos en Ohio]. Julio siempre llevaba gente a donde sacan papeles—sí, como de seguridad social. Siempre llevaba gente, siempre llevaba gente, hasta que la policía lo llevó.”

Otro hombre que regresó de Ohio aseguraba haber tenido encuentros repetidos con los agentes de la policía, pero en ninguna ocasión fue entregado para su deportación. Benedicto ganó dinero con más rapidez, no en las fábricas sino como un *raitero*, uno que da jalón; trasladaba a los recién llegados entre Ohio, Virginia y Florida. Por cada viaje a Florida cobraba casi \$1,000 y \$1,200 por dos pasajeros. En 2004 la policía de Ohio lo capturó al manejar sin licencia y se identificó como mexicano con otro nombre. Al percatarse que esta persona enfrentaba graves cargos de tránsito, repudió la identidad. Un juez lo multó con \$300 y lo dejó ir. En otra ocasión, el hermano de Benedicto le prestó su carro solo para ir a chocar contra otro conductor. Para esta vez Benedicto tenía una licencia de manejar, pero era una licencia mexicana que había obtenido al comprar un certificado de nacimiento mexicano; como castigo el juez le retuvo su licencia, incautó su carro y lo hizo comprar nuevas placas.

En contraste, el hermano de Benedicto sucumbió a su primera parada de tránsito por un “policía racista” quien lo arrestó y lo envió a la Migra para su deportación. Las aventuras de Benedicto ocurrieron entre 2004 y 2007, mientras que la mala fortuna de su hermano ocurrió en 2008, después de un escándalo en los medios de comunicación sobre un homicidio vehicular. El conductor guatemalteco que causó la muerte no tenía licencia; en una ocasión anterior manejaba ebrio con una identidad falsa; y el ICE prometió deportarlo pero en un santiamén ya estaba de regreso. Aun después de su segunda y más grave falta, por una anomalía en la ley de Ohio, el guatemalteco fue acusado solo por delito menor, y en poco más de un año salió de la cárcel.¹⁸ Ese mismo invierno, dos nebjenses llamados Adán Felipe Raymundo Gallego y Luis Pastor Herrera murieron en una carretera congelada en dos accidentes diferentes, diecinueve días aparte, porque los conductores que los llevaban iban muy rápido al trabajo.¹⁹ “Es por manejar después de chupar”, me contó un anciano de Nebaj al volver de Ohio. “Lo que pase es que chupan porque es domingo, se va a dormir tarde, duermen hasta la hora de entrar a trabajar. De repente despierten, miran al reloj, saltan al carro y manejen con demasiado prisa.”

Otra ocasión en que los Nebajenses se familiarizan con la policía es cuando hacen mucho ruido. Muchos guatemaltecos toleran niveles de ruido de equipos de sonido y televisiones que los gringos no aguantan. Como lo señaló un migrante: “Los norteamericanos viven en silencio.” Otra situación para enfrentarse con la policía es el consumo excesivo de alcohol. En Ohio un joven vivía a la par de gringos en un lado y de guatemaltecos en el otro. Un día mientras estaba bien bolo se confundió y en lugar de tocar a la puerta de los paisanos tocó en la puerta de los gringos. Una mujer abrió la puerta y él trató de disculparse, pero ella llamó a la policía y lo acusó de abuso. La policía lo mandó al ICE y fue deportado. De tales incidentes, algunos nebjenses concluyen que es mejor no vivir a la par de norteamericanos, y ni siquiera tener novias estadounidenses. Supe de tres hombres en Ohio que se habían ido a vivir con mujeres norteamericanas, engendraron hijos y ayudaban a las mujeres con hijos anteriores. Pero los arreglos parecen durar pocos años y los hombres han aprendido que el riesgo es alto. “Si ella va loca, te vas a culpar a la policía”, advierte uno que estaba de regreso. Tuvo un hijo con una gringa que lo dejó por alguien más y cortó toda relación con su hijo.

Lo más probable es que los hombres de Nebaj se involucren con mujeres de su propio municipio, de otras partes de Guatemala y de México. Sin embargo, aun aquí, ellos tropiezan con leyes que son nuevas para ellos, tal como la protección contra el abuso doméstico y requisitos para el mantenimiento de los hijos. En una de estas ocasiones, una pareja ixil en Nebaj me pidió que ayudara a su hijo a escapar de New Jersey. Parece que Domingo vivía en un apartamento con otros tres hombres cuando, de acuerdo a su mamá: “Cuando una mujer llegó allí, no sabemos de qué país es pero es de allá, estaba bola, se embarazó, tuvo un bebé y ahora está demandando contra él porque dice que su niño

es de él. Cada semana molesta a nuestro hijo a pesar de que ya tiene mujer y vive con los suegros, y tienen un hijo.” Peor aún, la mamá de Domingo me dijo que sus nuevos suegros estaban molestos cuando descubrieron que tal vez había embarazado a otra mujer.

¿Qué es lo que tiene que decir Domingo al respecto? “Había otros dos hombres en el apartamento”, su madre me explicó. Domingo estaba borracho y no recuerda qué pasó. La puerta estaba abierta y entró esta importuna muchacha. Pero como los otros dos hombres se fueron a otro lugar, ella no pudo obtener nada de los otros dos, por lo que centraba su atención en el pobre Domingo. Todos estaban a la espera de los resultados de la prueba de paternidad. Yo les expliqué a los papás de Domingo, que si los resultados muestran que Domingo es el padre, embargarán sus salarios hasta que el niño cumpla dieciocho años. Se horrorizaron—porque se suponía que Domingo debería enviarles sus ahorros a ellos. Por lo que me hicieron otra pregunta. Si la prueba de paternidad identificaba a su hijo como el padre, ¿podría ayudarlo a volver a Nebaj con su otra mujer e hijo? El problema era que Domingo estaba sin trabajo y no tenía dinero. ¿Sabía yo de algún fondo o proyecto que ayuda a la gente en esta difícil situación?

La falta de estatus legal hace que los nebjenses sean extremadamente vulnerables ante su pareja. Reinaldo no es indígena y se fue al norte a través de un amigo huehueteco en 1992. Consiguió un trabajo con ConAgra en Omaha, Nebraska y llegó a ser supervisor ganando \$52,000 al año. En 2003 se casó con una mexicana de Durango quien también había ingresado ilegalmente pero obtuvo su ciudadanía estadounidense a través de un esposo del cual ahora estaba divorciada. Ella ganaba mucho menos que él, por lo que Reinaldo pagaba por los dos carros, así como por la casa que compraron, y también pagó a los abogados que trataban de resolver la situación legal de ambos. Años antes, al llegar a los EE.UU., Reinaldo había obtenido Estatus de Protección Temporal (TPS por sus siglas en inglés) sobre la base de declaraciones sugeridas por un notario: con esto obtuvo permiso para trabajar, pero tenía que ser renovado cada año, el ICE hacía muchas preguntas y sabía que se acababa su tiempo. Un abogado le sugirió comenzar todo de nuevo, con la ayuda de su esposa mexicana que ahora era ciudadana estadounidense.

En 2007 Reinaldo declaró sus ingresos ilegales en el pasado, regresó a Guatemala y tuvo una entrevista alentadora con la embajada estadounidense. Ahora todo lo que tenía que hacer era esperar para que terminara el trámite y lo posibilitara regresar a Nebraska en condición de legal—hasta que tuvo una conversación telefónica con su esposa que fue una verdadera pesadilla. Ella nunca había aprobado las grandes remesas que él les enviaba a su mamá y hermanos. Estaba enojada porque él le iba a dar a su mamá \$26,000 de la venta de una herencia en Nebaj. Le dijo: “Si quieres estar con tu familia, quédate con tu familia.” Cortó la comunicación, canceló la solicitud para traerlo a los EE.UU. e invitó a otro hombre a vivir con ella en la casa de Reinaldo. La embajada de los EE.UU. le denegó la visa para regresar. Si regresaba ilegalmente, su esposa lo delataría y Reinaldo podría pasar años en la cárcel. Así que Reinaldo tuvo que decirle adiós a su vida en los Estados Unidos.

¹ Benjamin Colby y Pierre van den Berghe (1969:131-32) calculan que una quinta parte de la población masculina adulta salía para las plantaciones cada mes, con un absentismo del 30 al 40% en un momento determinado.

² Steverlynck 2003:29, 35, 42–44, 47, 61.

³ Así es como he calculado el total. Según los gerentes, la agencia de Banrural en Nebaj en abril de 2008, recibió 2,338 remesas y la cooperativa Cotoneb recibió 315, haciendo un total de 2,653. Los cálculos de otras dos instituciones financieras y dos privadas sumarían 1,225 remesas ese mes, con un total de 3,878. Si la mitad de los remitentes enviaran dinero dos veces al mes, una cuarta parte enviara una vez al mes, una octava parte enviara cuatro veces al mes y otra octava parte enviara una vez cada dos meses, la población remitente sería 3,031. Si una cuarta parte de los nebajenses en el norte no pueden enviar nada de dinero, la población total que se encuentra en los EE.UU., sería 4,041. La pequeña diferencia que calculé en Stoll 2010:141 se debió a un error en mi computación.

Es obvio que este cálculo depende de mi estimación de la frecuencia de las remesas y el porcentaje de migrantes que nunca envían. Considerémoslo de esta forma, tomemos la frecuencia de las remesas reportada por la Organización Internacional para las Migraciones sobre la base de su encuesta de 2010 de 3.000 hogares guatemaltecos. Según la encuesta, el 65,4% de los hogares que reciben remesas dijeron que recibieron remesas una vez al mes, el 6,8% dijo que recibió remesas cada dos meses, el 4,9% dijo que recibió remesas cada tres meses, el 3,7% dijo que recibió remesas cada cuatro meses, 4 % dijeron que recibió remesas cada seis meses, y el 3,7% dijo que recibió remesas al menos una vez al año. Si los nebajenses remitieron con las mismas frecuencias como se informa en la tabla OIM (2011:141), las 3,878 remesas recibidas en abril de 2008 habrían sido enviadas por un total de 3,162 personas.

De acuerdo con la misma tabla (2011:141), la OIM calcula 1.263.764 de remitentes. En otra parte del

mismo informe (2011:54), calcula 1.409.548 de remitentes. Si la OIM calcula que 1.637.119 guatemaltecos viven en el extranjero, ya sea el 77% o el 86% estaría enviando remesas. Si aplicamos estos dos porcentajes a las 3,162 personas que envían remesas a Nebaj, el número total de Nebajenses residentes en el extranjero sería de 4,106 o 3,677. Según la OIM, el 97% de los guatemaltecos que viven en el extranjero están en los EE.UU., lo que también es cierto para casi todos los Nebajenses que viven en el extranjero.

- ⁴ En base a una investigación llevada a cabo en 3,000 hogares, la Organización Internacional para las Migraciones (2011:54) calcula que 72.4% de guatemaltecos que viven en el extranjero son hombres y que el 77.7% están entre las edades de quince y treinta años de edad. En el caso de Nebaj, con su corriente migratoria tan reciente, probablemente sea más alto el porcentaje de hombres.
- ⁵ Mi cálculo se basa en la información que los gerentes de los bancos en Nebaj compartieron conmigo. En abril 2008 Banrural recibió 2,338 remesas y Cotoneb recibió 315 con un total de 2,653. La cantidad total recibida por Banrural ese mes fue Q10,343,000.00 y por Cotoneb Q1,321,000 para un total de Q12,164,000. Estas mismas cantidades dan un promedio de remesas de Q4,584.00. Si este total mensual fue un promedio total para el año pico entre junio 2007 y mayo 2008, significaría que el total recibido por ambas instituciones fue de Q145,968,000.00. Durante el mismo periodo otras agencias en Nebaj calculan que recibieron 1,225 remesas adicionales cada mes. Así de las 3,878 remesas calculadas, Nebaj recibía mensualmente, 68.4% correspondientes a Banrural y Cotoneb y un 31.6% de las otras agencias. Si estas otras agencias recibieran la misma cantidad que Banrural y Cotoneb, el total de remesas sería de Q213,404,000.00 para el año pico de 2007-2008.
- ⁶ Según el Instituto Nacional de Estadística (2012) la población estimada en 2008 era de 73,216. Para una comparación, consideremos el municipio k'iche' de Zacualpa al sur del Departamento de Quiché. El antropólogo Ricardo Falla (2008:28-38) calcula que en 2006 habían salido de Zacualpa para los EE.UU., 4,603 hombres y 877 mujeres. Esto equivaldría a un 19.3% de la población estimada de 28,391. Falla también calcula que los 5,480 zacualpeños en los EE.UU. enviaron a sus hogares en Guatemala Q138,000,000.00 desde julio 2005 a junio 2006. Esto representaría casi Q5,000 por cada hombre, mujer y niño en el municipio. La migración desde este rincón del Departamento de Quiché a los EE.UU. comenzó antes que la migración de la zona ixil, alrededor de 1984 (Foxen 2007:97).
- ⁷ Es un desafío calcular el ingreso per cápita. Es especialmente desorientador cuando los campesinos cultivan la mayor parte de sus alimentos. Y si en algo sirve, un estudio sobre el crédito (Faceta Central Desarrollo Empresarial 2002:3) calcula que el ingreso per cápita de los nebajenses en el año 2000 era de \$140 a \$175. Si fuera así, las remesas pudieron haber triplicado la cantidad del dinero en circulación.
- ⁸ Para referirse a la policía migratoria estadounidense, los nebajenses los llaman la Migra y yo también lo haré. Cerca de la frontera esto normalmente se referiría a la Patrulla Fronteriza de los EE.UU. En el interior, normalmente se referiría al Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de EE.UU. Ambas instituciones dependen del Departamento de Seguridad Nacional.
- ⁹ En los Estados Unidos contemporáneo, el término “anglo” se refiere a blancos no hispanos. Incluye no solo gente de origen británico, sino también cualquier persona cuyos antepasados son en su mayoría europeos. Gente de España puede pasar por hispana o por anglo según el contexto.
- ¹⁰ Una de las enganchadoras sentenciada en un caso de Chumblee en 2009, Lin Chen, “testificó que de los trabajadores a los que les encontraba trabajo solo uno de cien tenía condición de legal. También testificó que los propietarios de restaurantes les gustaban contratar a trabajadores recién llegados porque no sabían mucho del sistema y les podían pagar menos que a los migrantes ilegales que tenían más tiempo de estar en los Estados Unidos.” (Department of Justice Press Release, U.S. Attorney’s Office, Northern District of Georgia, 28 April 2009).

-
- ¹¹ Steverlynck 2003:43.
- ¹² Angee y Hernández 2007:21-22.
- ¹³ L. Ismatul “De Estados Unidos a los Cuchumatanes.” *Siglo 21*, 15 de agosto de 2003.
- ¹⁴ Deborah Sontag, “Immigrants Facing Deportation by U.S. Hospitals”, *New York Times*, 3 agosto 2008 y “Jury Rules for Hospital that Deported Patients”, *New York Times*, 28 julio 2009.
- ¹⁵ Eliane Portillo, “Steep Rise of Guatemalans Deported from U.S., Mexico”, *Latin Daily Financial News*, 31 diciembre 2011.
- ¹⁶ Julia Preston, “Illegal Worker, Troubled Citizen and Stolen Name”, *New York Times*, 22 marzo 2007.
- ¹⁷ Otro ejemplo de la impunidad del Estado es la falta de castigo para los asesinos de Vicente “Chente” de León Brito, la víctima de homicidio más conocida de Nebaj en los EE.UU. En 2006 Chente vivía con cuatro nebjenses en el suburbio de Washington que he llamado Pleasantville. Era un ex soldado de treinta y siete años, con una esposa y cuatro hijos en Nebaj, por lo que era un poco más viejo que la mayoría de los nebjenses en el lugar de los hechos. Un compañero de apartamento llamado Diego estaba afuera tomando con tres amigos cuando surgió un altercado y Diego entró para refugiarse. Cuando los otros tres quisieron entrar, Chente les dijo que se fueran. Golpearon la puerta por lo que él los confrontó una segunda vez, con lo cual uno de los tres pasó un cuchillo por la entrada y lo apuñaló repetidamente en el estómago. Uno de los tres, Andrés Terraza Brito, pasó seis meses en la cárcel y después las autoridades estadounidenses lo dejaron libre. Los nebjenses disienten en quién fue el que le metió el cuchillo a Chente, si fue Andrés u otro de los tres borrachos. Los dos hombres estaban de vuelta en Nebaj en 2012 pero no se han presentado cargos.
- ¹⁸ *Times Reporter* (New Philadelphia, Ohio), 19 de julio 2007 y 25 de marzo, 28 de mayo y 18 de diciembre 2008.
- ¹⁹ *Times Reporter*, 23 de febrero y 11 de marzo 2008.